

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Abril de 1936

Núm. 130

Puntos de vista

Escritores fallecidos

La muerte de un poeta es siempre un suceso lleno de sugerencias. Porque nunca los poetas mueren en la opulencia y siempre se van de la vida con un profundo sabor amargo en los labios. Ese sabor áspero de la ceniza de que se habla con desapacible melancolía en una página del Eclesiastés. Fueron reyes suntuosos, espíritus plenos de miel y de oro, y desaparecen como los mendigos, cubiertos de harapos y abandonados de la fama que tanto les ayudó a creer que eran físicamente inmortales.

Villaespesa tuvo horas triunfales. Hace años, es cierto. En aquellos años de «El Viaje Sentimental» o de «El Jardín de las Quimeras» o de «Las Horas que pasan». Sus sonetos eran murmurados en todas las reuniones de escritores y se decían con arrogancia en los tablados de todos los teatros. Había en ellos suntuosidad, elegancia, brío. Pero los años transformaron al hombre y el poeta fué lentamente convirtiéndose al comercio. Para hacer fructífera su labor implacable de rimador, el poeta entregó libro tras libro, a la voracidad de los editores que pedían más, más, más, como si se tratara de una máquina para fabricar botones. Triste espectáculo. ¿Qué defensa había en ese poeta siempre pobre, siempre en combate contra la necesidad? Ninguna. Sus armas eran tan frágiles que bastaba un impulso cualquiera para romperlas. Sus viajes a América no fueron coronación de una vida. En estas latitudes donde tanto se le había admirado en los primeros años del siglo, causó un poco de estupor su silueta magra, su aire de des-

gano. Otra era la figura creada por la imaginación de los admiradores. Al lírico de aquel «Viaje Sentimental» que comenzaba: «Los que vistéis salir por vuestra puerta—para siempre en la paz del ataúd—con los fríos despojos de una muerta—todos los sueños de la juventud», le sintieron en la presencia física como un doble irónico que venía a América a mentir o burlar la buena fe de los que habían soñado y vivido con sus versos, antes de sentirlo de cerca, actuar y vivir.

Esta contradicción entre el hombre y el poeta, siempre destruye, cuando se manifiesta, algo de la recóndita admiración del lector. Se alborota como un pájaro sorprendido, o se quiebra en silencio en el oculto rincón en donde el menos romántico de los seres gusta depositar la flor delicada de la admiración, algún resorte fino o algún cristal sensible. Tal ocurrió con Villaespesa en sus andanzas y correrías por estas tierras de América, al enfrentarse con tantos de los que emocionadamente le habían leído.

Tal vez en arte nunca sea propicio «aparecer». A distancia del autor place al imaginativo crear la sugestión de un artista poderoso, invencible a las miserias terrenas, superior a toda debilidad humana. Se levanta para el creador una decoración armónica. Se le hace vivir en una atmósfera como irreal. Ni aun el tiempo presente, tan acre y tan disolvente, ha podido malograr esta concepción ingenua del hombre lector respecto del hombre autor. Siempre éste queda para aquel en una región inaccesible, de la cual es peligroso descender para mostrarse humano, demasiado humano. El choque perturba o sacude la fina arquitectura del andamiaje, levantado con tanta paciencia y un simple soplo, basta para aventarlo.

La muerte de Villaespesa se produjo en España en las más tristes condiciones. Apenas unos dos o tres amigos rodeaban su lecho y la justicia se había incautado hasta de un manuscrito del poeta. Mientras moría lentamente, pedía su obra. «Su obra». Todavía su obra, después de haber publicado ciento veinte volúmenes de versos. Estaba sin duda descontento de ellos y acaso el último debía parecerle el más logrado de su fecunda labor de poeta. Creemos, sin embargo, que lo más auténtico de su labor está en sus pri-

meros volúmenes, en su «Canción de la Vida», exaltación optimista y sensual de amor a los dones físicos, en su «Viaje Sentimental», itinerario lírico, casi elegíaco del poeta durante el cual, en admirables sonetos, recuerda la muerte de Elisa y plasma las sensaciones de ese viaje a la tierra de Antero de Quental. Los versos posteriores, ya lo hemos dicho, fueron dados en la facilidad inmensa de la versificación, para satisfacer la voracidad editorial. Y es probable que en la expurgación final a que será sometida la obra queden sólo algunos pocos volúmenes de los cientos y tantos que componen la tragedia de creación forzada del poeta.

También Eugenio Noel ha muerto en España, en un hospital de Barcelona, en la miseria. El autor de «Las Siete Cucas» y «España, nervio a nervio», hombre inquieto y batallador, viajero por todos los climas y hace algunos años huésped de Chile, no ha encontrado como término sino esa cama del hospital que parecía ser ya sólo una figura literaria. Antiguamente, o para ser más exactos, hace diez o quince años, todavía se hablaba de la cama del hospital, como de un final ineludible en la vida de los artistas. Casi todos iban a dar con sus huesos en esas salas heladas, marcados con una cifra, entre una doble hilera de lechos blancos y abandonados a su propia suerte. Un grupo de amigos fieles solía rodear al agonizante y muerto ya, ese mismo grupo, entre afanes de dinero, llevaba los despojos al cementerio. Se pronunciaban encendidos discursos, se hacía la apología del escritor, se recordaban sus batallas cruentas y se maldecía de la sociedad indiferente. Algún tiempo después, el olvido. En ocasiones la gloria—esa gloria rengueante, irónica y sin itinerario consignado en las guías literarias—llegaba retrasada para cubrir de dones al pobre muerto. Pero ya nadie respondía, sino una posteridad que no había conocido las luchas íntimas del escritor o sus rudas penalidades y de segunda o tercera mano, oía el relato vergonzante de la vida derrengada del muerto.

Sin embargo, aun hoy ocurren los mismos sucesos en la existencia final de los artistas. En Inglaterra, en Francia o en Ita-

lia, parece menos frecuente esta tragedia, porque el escritor puede tener la seguridad de que su obra literaria, si responde a realidades humanas o sociales, tendrá un número considerable de lectores que le hará menos penosa la vida. En España y en los países hispanoamericanos, no ha podido romperse el marco implacable, dentro del cual suele caer maniatado el artista, para vegetar en un anonimato esplendente, en medio de una soledad fría y rodeada de pompas, artificiales de bullicio y otras zarandajas.

La muerte de Noel es a este respecto sintomática, reveladora de la impotencia del escritor para levantarse sobre la glacial hostilidad del ambiente. Si se recorre en la historia el final de la mayoría de los artistas hispanoamericanos, se encontrará idéntico destino. Es una fatalidad contra la cual en vano han luchado organizaciones y ligas, o sociedades de hombres de letras, con propósitos de defensa y ayuda.

El año es fatal para la literatura. También ha muerto en Madrid hace poco, Teresa de la Parra, la escritora venezolana, autora de «Efigenia», una novela que los públicos americanos devoraron en sucesivas ediciones. Esta novela de amor y sufrimiento fué hecha para las generaciones románticas. Un alma ingenua confesaba allí sus sufrimientos, sus dudas, sus amarguras primeras, con espontaneidad desconocida en las letras americanas. El éxito fué inmediato y el libro pronto estuvo en todas las manos. Especialmente en las manos de todas las mujeres de estas tierras. Siguió a ese libro «Las Memorias de Mama Blanca». Inferior al primero, pero igualmente fresco y gracioso. Pero ya la primitiva fuerza parecía haber cedido el paso a un artificio de composición que los lectores no pudieron perdonar a la autora de «Efigenia».

La muerte de Teresa de la Parra ha cerrado el círculo para una escritora que tantos títulos tenía para la realización de una interesante obra literaria. La vida europea, quizá la ausencia del país natal, obturaron en ella las fuentes de esa frescura de imaginación que era en su primer libro, la promesa más efectiva de realización artística.